

OBRA NACIONAL

Muerte con Ensayo

Comedia en tres actos de Cándido Belando Viola.
Dirección de Luis Zipitriá. Escenografía de Humberto
Tomeo. Música de Enrique Almada. Iluminación de
Germán Bocage. Elenco de Teatro Universitario en la
sala del Victoria, actuando dentro de las JORNADAS
DE TEATRO NACIONAL.

Un comienzo poco feliz han tenido las Jornadas de Teatro Nacional que organizara la Comisión de Teatros Municipales para divulgar las obras de los escritores teatrales jóvenes, y darles la posibilidad de este difícil aprendizaje de la escena.

La pieza de Cándido Belando Viola —de quien no se conocen otros antecedentes teatrales— está propuesta como una obrita policial, con suspenso de dos actos en que se realiza la investigación policíaca, y un tercero de desenlace en que se descubre la verdad. Pero simultáneamente el autor pretende hacer una comedia ligera donde los personajes sean mirados bajo el ángulo satírico: una millonaria tonta, una existencialista libre, un inspector pueril; y como si aun fuera poco también quiere una comedia de costumbres con crítica de los tipos montevideanos (policía corrompida, políticos corrompidos, industriales corrompidos) para cerrarla con una historia conyugal tipo Trifón y Sisebuta. Todo esto en el terreno de las intenciones, pues otra cosa son las realidades.

Cándido Belando Viola ignora casi todo del oficio teatral: no sabe trazar personajes con mínimos rasgos de existencia, y como además los hace deambular ambiciosamente de una a otra caracterización, los pierde en una nebulosa que les resta las pocas posibilidades de vida que podrían haberles otorgado los actores; no sabe todavía hilvanar situaciones escénicas para hacer progresar una acción: luego de un primer acto construido con cierta facilidad, pierde un segundo acto en una serie de escenas que no mueven para nada la acción de la obra y que tampoco nada revelan que valga la pena; pero además el autor no tiene idea de la necesaria unidad y fatalidad de los hechos escénicos, y que resulta contraproducente para su obra postularia como la atmósfera de un crimen, haciendo depender la curiosidad del público de la expectativa ante un asesinato, para cerrarla de modo tan desdichado, cuando un industrial enriquecido, poderoso, "explotador de míseros obreros hambrientos", que ha tramado la absurda historia de la falsa muerte, decide suicidarse ante la presencia de su mujer.

Al autor convendría recomendarle leer mucho teatro y ver también mucho teatro; quizás luego se decida alguna vez a escribir algo digno de la escena. A la Comisión de Teatros Municipales convendría decirle que es muy loable el proyecto de difundir obras de autores nuevos cuando ellas reúnen un mínimo de condiciones indispensables; de otro modo se perjudica al autor que se pretende ayudar como es este caso.

En cuanto a la versión escénica de Teatro Universitario debe decirse como disculpa general que nunca tuvieron un hueso tan duro de roer, y que es penoso ver a actores de capacidad como Dante Corrente obligados a estas tareas. Pero al mismo tiempo debe reprochársele la insuficiencia general con que fue montado el espectáculo. Un autor novel reclama un director muy experimentado, que no es el caso de Zipitriá que está haciendo sus primeras armas, y que no ha sabido, si ello acaso hubiera sido posible, alcanzar una corrección en la actuación y en la puesta en escena que salvara los mil escollos del texto. Hubo sin embargo una buena escenografía de Tomeo para el primer acto, una muy cinematográfica música incidental de Almada.